

golfo del Poitou no es sino una reminiscencia de tiempos poco lejanos; el Morbihán se cubre de fango y el Loira construye un delta submarino. Pero esta retirada del mar no es más que un episodio en una serie de oscilaciones alternativas, ya que hasta donde llegan nuestros conocimientos del período terciario, siempre las relaciones entre la tierra y el mar han estado sometidas á un régimen de inestabilidad del cual no parecen haber salido todavía. Muchas veces el mar ha avanzado, ha penetrado por transgresión en las depresiones y en los valles en donde el trabajo de las corrientes de agua le había previamente facilitado el acceso, comenzando otra vez esta labor de erosión en cuanto un nuevo retroceso del mar sucedía á una de sus ofensivas acometidas, y preparándose de este modo, mediante sucesivos retoques, la actual configuración del litoral. Las aguas marinas, en sus invasiones, han sorteado las cordilleras salientes para llenar las depresiones que en parte ocupan todavía, siguiendo un modelado preexistente que presentaba desigualdades en eminencia y en hondonada y cuyo bajo nivel, debido al desgaste del tiempo, permitió á aquellas aguas penetrar muy adentro del continente. Los rasgos en parte sumergidos de este modelado se revelan actualmente, ora en la serie de islas, ora en las rías, pequeños mares ó estuarios que cortan el litoral, y continúan, al través de las oscilaciones de la línea de costas, dibujando la configuración del zócalo continental por donde el Poitou se une á la Bretaña meridional y que aún permanece medio oculto bajo las olas.

El estuario del Loira se relaciona por sus orígenes con estas vicisitudes de progreso y retroceso de las costas; no corresponde á un pliegue de la estructura de la Cordillera, sino que ocupa simplemente un valle de erosión formado y ensanchado sin duda en los intervalos de grandes invasiones marinas. Cuando después de haber rozado la base de los Mauges el río se estrecha al pie de la roca y del castillo de Champtoceaux, atraviesa una de las anchas fajas de granito que constituyen la armazón de la Meseta meridional; sus márgenes irregulares presentan bruscos promontorios, y en Nantes la barra de granito oprime de cerca el río y la ciudad, y la corriente que, procedente del Norte, desemboca aquí en el Loira tiene un lecho semilacustre en las brechas del Surco de Bretaña.

Con este río que recorre casi la cuarta parte de nuestro territorio, que en otro tiempo transportaba al mar los hierros del Nivernais, los cáñamos de la Limagne y los vinos de Orleáns y de la Turena, parece que la misma Francia penetra en las antiguas tierras bretonas. Su confluencia con el Maine acaba de aumentar su importante caudal, pero bajo el peso de su aluvión enorme, se ramifica entre riberas que trazan rojos arabescos y entre las islas cuyos sauces y álamos se esfuman en los vapores de las aguas. En el punto en donde penetra la marea y en donde el río dividido facilita un pasaje cómodo hacia el Sur, instalóse tempranamente una ciudad de confluencia (*Condé*) (1), cabeza de puente y emporio marítimo, que fué en aquellas comarcas estériles de vida urbana un germen vigoroso, nacido y desarrollado á costa de los territorios vecinos. La im-

(1) *Condevincum*.

portancia de la ciudad nantesa se manifiesta por el desarrollo territorial que representa el país de Nantes. En provecho del emporio marítimo convertido en ciudad episcopal, operóse una agrupación, y mientras en la orilla izquierda la comarca potevina de *Resé* (*Retz*) no tardaba en gravitar dentro de la órbita de aquélla, el territorio nantés se extendió al Norte sobre las mesetas que desde Ancenis, por Nor y Blain, centro de vías romanas, llegan hasta Redón y vienen á ser las raíces de la Bretaña meridional. Todavía se ven allí antiguas huellas de metalurgia, pero sobre todo de allí parten, y este es un hecho decisivo, las vías de penetración que van directamente á las ciudades escalonadas al extremo de los estuarios, desde Redón á Quimper. De este modo una ciudad bretona se injertó en la ciudad á que había dado origen el Loira, menos bretón que francés.

La Cordillera del Oeste dispone, pues, gracias á una escotadura de su meseta meridional, de una puerta hacia el Océano. En el proceso que entre la tierra y las aguas se discute, la pequeña comarca de Guérande, aislada por el pantano de la Briere, se ha convertido en península; el *trait* del Croisic ha dejado de separar enteramente del continente la pequeña isla marítima en donde se formó el puerto de este nombre. Las pesquerías, las salinas, las relaciones con La Rochela y las islas crearon allí un pequeño foco que tuvo su esplendor: Croisic con sus casas de piedra y sus balcones esculpados tiene todo el aspecto de una miniatura de Nantes, y en ella hizo por un momento presa el protestantismo.

La vida del exterior parece asediar estas riberas, pero inútilmente: las barras uniformes y bajas que cierran el horizonte imponen al espíritu el verdadero sentimiento de la región. La comarca muerta de Guérande domina desde lo alto de sus murallas este país extraño en donde el granito brilla entre los campos y la sal entre las aguas, y abarca más allá un horizonte sembrado de islas y animado por las barcas de pesca. Pero detrás de esta fachada, en donde el sol es más claro y el clima más seco, se extienden los turbales y se prolongan los surcos de yermos que separan estas articulaciones litólicas de la pobre y melancólica Bretaña interior.

II

CAPÍTULO PRIMERO

LOS CONFINES DE LA BRETAÑA

La Cordillera del Oeste termina hacia su extremo oriental por una zona divisoria que por Angers, Sablé, Sillé-le-Guillaume, llega hasta las fuentes del Mayenne y desde allí, por el Bocage normando, se une al Cotentin. Esta zona forma la transición entre la Bretaña y las partes limítrofes de la Normandía, del Maine y del Anjou. La naturaleza de la Cordillera primaria se manifiesta en ella por una tonalidad general más oscura, por la abundancia de los árboles y por la profusión de pequeños manantiales y de arroyuelos que se deslizan sobre lechos pedregosos. Pero acá y allá, una agricultura más rica y productos más variados evocan el recuerdo de comarcas diferentes. Esta región ha estado en todos tiempos destinada á servir, en una ú otra for-

ma, de marca-frontera. Por otra parte, esta zona divisoria carece de unidad, sucediéndose en ella ondulaciones alternativas de pliegues longitudinales, orientados de Este á Oeste y que circunscriben muchas pequeñas cuencas, como las de Angers y de Laval.

La más meridional es la de Angers, en donde aparece sobre todo marcado claramente el carácter de marca-frontera: cuando los normandos emprendían sus expediciones por el Loira, cuando los bretones salían de su provincia ó cuando los aquitanos se rebelaban contra los reyes Carolingios, Angers era el gran punto estratégico. De aquí vino la importancia histórica del Anjou; *marqueses de Anjou* fueron los antepasados de los Capetos, quienes, en lucha perpetua contra los bretones, normandos y aquitanos, eran los verdaderos jefes militares del reino cuyo rey iba á ser Hugo Capeto.

La Cuenca de Angers hállase separada de la de Laval por fajas paralelas de asperón que más abajo de Château-Gonthier atraviesa el Mayenne, ese bello y oscuro río que en Laval riega una tierra fértil. Los hornos de cal que se multiplican denotan que el suelo está provisto de elementos de que carecen las regiones vecinas.

La Cuenca de Laval, esta marca del Maine, fué antes de la Revolución el límite entre los países en que se percibía la gabela, y la Bretaña, país de *franc-salé* que estaba exenta de ella. Estos terrenos montuosos, cubiertos á trechos de bosques y de estanques, se prestaban demasiado al contrabando para que éste no arraigara en la comarca. Entre Laval y Vitré puede verse todavía, cerca de Port-Brillet, lo que queda del famoso bosque de Misedón, hoy perfectamente humanizado, pero en otro tiempo de aspecto sospechoso con sus sotos de acebos y de hiniestas que ocultan á un hombre á pocos pasos de distancia y con ese suelo tapizado de musgo que apaga todo ruido. Estas fronteras de contrabandistas eran una especie de país de anarquía y de tierra de promisión de vagabundos, quienes con harta frecuencia dominaban en él en absoluto. La vida aventurera se aprovechaba de las disimuladas guaridas de estas espesuras y del aislamiento de las alquerías, abandonadas á las sorpresas y á las agresiones del más fuerte; allí nació la chuanería, hija del contrabando, el cual á su vez tenía por cómplice la naturaleza del país, pronto á volver al primitivo salvajismo á poco que se aflojaran los lazos sociales.

Al Norte de la Cuenca de Laval, las líneas dominantes de la meseta septentrional surgen bruscamente por encima de las campiñas ó llanuras calizas de Conlie, Alenzón, Seéz y Argentan. Los bosques de Sillé, de Multonne, de Ecouves, de Perseige, primeros anuncios de las cadenas de montañas ó fajas que la surcan, sorprenden por su rigidez más aún que por su altura, por más que no haya en el Oeste otros más altos. Espinazos de asperón, inyectados de rocas eruptivas, conservan algunos bosques en sus laderas; pero en la estrecha cresta, el suelo de asperón desnudo no sustenta ya sino sotos y pinos. En las hondonadas la humedad forma esponja, brotando en medio de los brezos innumerables arroyuelos que alimentan las primeras aguas del Mayenne.

Muy pronto los fragmentos de cordilleras se combinan: las crestas de la selva de Andaine se enlazan con

las barras menos elevadas, pero siempre de contornos muy marcados en su rigidez, que se extienden entre Domfront y Mortain y aun más allá hacia Avranches, y estas barras continuas de asperón que aparecen encima del modelado casi amorfo de los esquistos descompuestos, imprimen en el paisaje un rasgo vigoroso. Los ríos ya existentes cuando tales barras surgieron, lograron conservar su lecho al través del obstáculo; así el Varenne en Domfront y el Cance en Mortain siguen brechas en las que el río reviste por un instante el aspecto de torrente. Desde lo alto de estas barras se dominan y vigilan grandes extensiones y en ellas se han instalado á modo de centinelas torres, castillos y ciudades, aprovechando los escarpes bruscos al pie de los cuales se ofrecían además á la industria humana las aguas rápidas y claras. De esta suerte se formaron establecimientos urbanos que, por otra parte, escasean mucho en el país y que encontramos en Vire, Falaise y Fougères, como en Domfront ó en Mortain, los unos ciudades extinguidas, contentándose con ostentar sus jardines en pendiente sobre los restos de sus viejas murallas, los otros transformándose y buscando nuevo vigor en la fuerza viva de las aguas.

Esta línea de alturas es la que separa de la Cuenca de Laval el Bocage normando, análogo al Bocage vendeano, pero con el matiz especial que le comunican otro clima y otras relaciones de contigüidad y de vecindad. Bajo la red de árboles, las nieblas se condensan y mantienen la humedad del suelo; los diversos planos del paisaje se destacan sobre la bruma y se esfuman en una serie de ondulaciones cubiertas de bosques; y en todas partes al través de los árboles brillan los prados. El ganado, sin más guardián que los setos, parece ser el amo de la comarca, pues la vista sólo en contados sitios puede espaciarse y únicamente percibe algunos detalles del espectáculo de la vida rústica que apaciblemente se desenvuelve á su alrededor. No faltan, sin embargo, señales por las que se manifiestan las propiedades íntimas del clima y del suelo: la vegetación de árboles ostenta una variedad de esencias que distan mucho de ofrecer las llanuras vecinas, y entre las hiniestas y los helechos, la frecuencia de los acebos, de la hiedra y de los laureles podría hacer sospechar al viajero, desde el fondo de las hondonadas en que está apisionado, la vecindad del Océano, aun cuando no viera las grandes nubes que por encima de su cabeza pasan y el aspecto á menudo tempestuoso del cielo.

Entre Saint-Lo, Vire, Falaise, Ecouché y Domfront se localizó poco á poco el nombre de *Bocage normando* y no porque el aspecto selvático no se presente también en otras partes, sino porque aquí, como en el Poitou, el contraste inmediato con las llanuras ó campiñas contiguas ha suscitado nombres distintivos. La tierra parda sucede al suelo claro, las espesuras de árboles á los espacios despejados, la casa de adobes ó de esquistos á las viviendas de piedra y á los brillantes edificios, en una palabra, el país pobre al país rico; y esta división parecía ya fundamental en los tiempos del poeta del *Roman de Rou*:

*Li paisan et li vilain
cil des bocages et cil des plains* (1).

(1) «El aldeano y el ciudadano, aquél de los sotos y éste de las llanuras.»

Era aquella una de las poblaciones, como había muchas en Francia, á las cuales la pobreza había obligado á aguzar el ingenio: hábiles en combinar las pequeñas ganancias, á suplir la abundancia con la variedad de productos y á juntar á los recursos del pequeño cultivo los de la pequeña industria y de los beneficios obtenidos fuera, los *bocains* sabían salir de apuros porque, según decía hablando de ellos el intendente de Foucault, «su natural es bastante vigoroso.» La industria encontraba un alimento en este suelo ferruginoso, y entre esta abundancia de aguas corrientes y esas pequeñas fraguas que nos muestra Lenain y cuyo personal se compone del herrero ayudado por un muchacho, podían multiplicarse allí gracias al mineral y al carbón vegetal. Había pocos ríos cuyas aguas no sirviesen para mover molinos, preparar pieles y blanquear telas, y pocos caseríos en donde no resonara en otro tiempo el ruido de los telares con frecuencia alegrado por dicharachos y proverbios que los habitantes se lanzaban unos á otros. La quincallería imperaba en Sourdeval y en Tinchebray, y la calderería en Villedieu-les-Poëles; cada aldea tenía su especialidad, y estas mismas especialidades contribuyeron á formar aldeas (1). Cada año los acemileros bretones iban á buscar los productos de estas industrias domésticas, que eran llevados á Granville ó á Saint-Malo; al paso que en la primavera cuadrillas de fundidores ó caldereros ambulantes salían de la comarca para diseminarse por todos los ámbitos de Francia y dar á conocer el nombre de *bocains* en apartadas regiones.

Esas barras de asperón ó de granito que hacia Alençon y Argentán se desprenden de las formaciones más recientes de que están cubiertas al Este, se prolongan hasta la costa; en Avranches cúbrese de vegetación antes de perderse en los pantanos y en los arenales, y en Granville proyectan el peñasco en donde la ciudad oprime con desconfianza sus casas grises. Pero en realidad no terminan en la costa, sino que se sumergen bajo las olas, quedando en parte disimulada la continuidad de los pliegues al través del archipiélago normando hasta la península bretona. Las porciones que el mar no oculta á la vista se descomponen en islas ó se desmenuzan en escollos que orlan la costa, y estas innumerables recortaduras son las eminencias emergentes del zócalo continental invadido por el mar. Así se hunde entre Bretaña y el Cotentín un gran golfo que se parece algo á un *vik* escandinavo por su forma general y por las escotaduras que presenta en sus bordes. Las costas se aproximan gradualmente, pudiendo verse desde lo alto de las agudas flechas de la catedral de Coutances la ciudad de Jersey envuelta en nieblas al otro lado del mar. Finalmente, las dos playas se enlazan en una inmensa curva alrededor de la roca del Monte Saint-Michel.

El sitio es solemne; allí se encuentran y allí chocaron dos pueblos, dos razas, Normandía y Bretaña, cuyas luchas desunieron, hasta la reconciliación en la patria común, lo que la naturaleza parecía unir. Islas y continente han tenido también diversos destinos; y sin embargo, ¿no parece que en esta combinación de costas é

(1) Saint-Jean-la-Poterie, cerca de Redón.

islas haya dispuesto la naturaleza los elementos de un poder común, de una especie de anfictionía marítima, cuyo altar hubiera sido el Monte Saint-Michel? Quizás una ambiciosa visión de unidad cruzó por el espíritu del bretón Nomenoé cuando, en el siglo IX, deseoso de constituir una iglesia independiente de la metrópoli de Tours, escogió el obispado de Dol, cerca del punto de intersección de ambas riberas, para instalar en él la sede arzobispal de la península.

CAPITULO II

LA BRETAÑA

I. El interior.—II. El Armor

I.—El interior

La Bretaña se separa de la Cordillera primaria á la altura del 4.º grado de longitud Oeste, hacia Dol, Rennes y Nantes, y en este punto parece querer lanzarse mar adentro, penetrando como una cuña, en un desarrollo de 250 kilómetros, entre la Mancha y el Atlántico, apartándose de este modo cada vez más de las grandes vías interiores y del conjunto del suelo francés, y acentuando su autonomía en la red fluvial, en el clima y en el sistema de caminos. Y cuando por fin expira en el Atlántico, está suficientemente apartada del cuerpo continental para figurar entre las regiones del Oeste, de las *Hespérides*, como dirían los antiguos, que se destacan en el extremo de Europa. Sus dimensiones, que llegan casi á 30.000 kilómetros cuadrados, son á propósito para el desarrollo de una individualidad regional.

Sin embargo, esta individualidad, examinada de cerca, es bastante compleja. En el momento en que comienza á afirmarse el carácter peninsular, la anchura de la Bretaña, de Norte á Sur, es de 170 kilómetros; dos grados de longitud más allá, hacia el Oeste, en la línea en donde se destacan los promontorios occidentales, esta anchura es todavía de 100 kilómetros. De ello resulta que la península bretona no está tan sometida á la influencia dominante del mar como otras articulaciones más pequeñas, el Jersey ó el Cotentín por ejemplo: por la extensión de un litoral, todavía multiplicado por el fraccionamiento, la Bretaña aspira las influencias del exterior, pero al mismo tiempo por su estructura interior las rechaza. De aquí la existencia en este país de dos zonas yuxtapuestas: una marítima, el *Armor*, abierta hacia afuera, y otra interior, retirada y como replegada sobre sí misma. Este contraste no es una de las menores originalidades de la Bretaña.

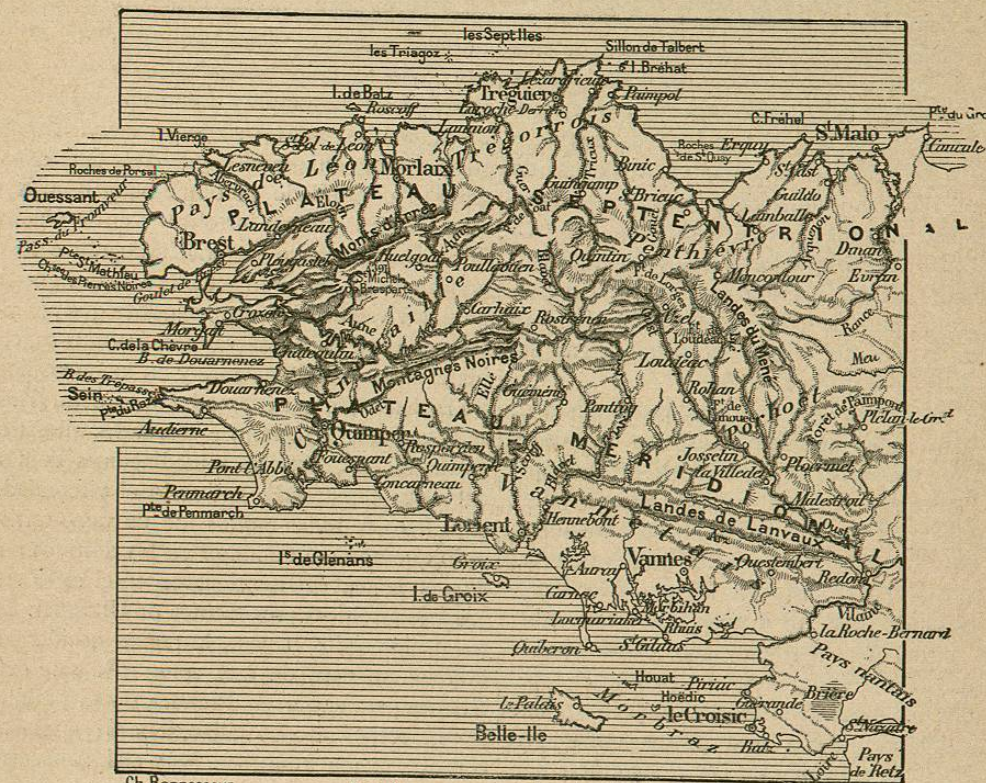
Esta estructura es visiblemente la prolongación de la parte continental de la Cordillera del Oeste, pero el haz de pliegues que en forma de abanico muy abierto se desenvuelve al Este, entre el Poitou y la Normandía, se estrecha y se contrae en Bretaña. Comparada con el resto del Oeste, distínguese ésta por una estructura más encogida; es una armazón en la que hay menos carne que nervios y músculos. Las dos mesetas, la del Norte y la del Sur, convergen, y en el interior de cada una de ellas los pliegues se acercan en fajas cada vez más apretadas.

Desde Nantes hasta el extremo de la Cornuailles,

paralelamente al Atlántico, el borde de la Meseta meridional está formado por una faja muy regular de rocas micasquistas inyectadas de bancos graníticos, jalando el contacto de las dos rocas varios manantiales y surcos, temporalmente seguidos por los ríos. Las cumbres graníticas se ostentan principalmente entre el Vilaine y el Blavet, y entonces el país se ensancha, se despeja, aparece más desnudo, ofreciéndose á la vista los yermos que cierran con regularidad al Norte la co-

ó Río de Chateaulin, sinuoso en su antigua cavidad lacustre, encuentra su camino hacia el Oeste, siguiendo un curso en parte trazado en la depresión central.

Varios pliegues prolongados, de un color verde obscuro, dibujan en el horizonte esta monótona estructura; las hondonadas verdegueantes alternan con las cumbres secas, y se hace necesario escalar la barrera múltiple que separa el mar del interior por medio de rampas continuamente repetidas.



PARTE OCCIDENTAL DE LA BRETAÑA

Las dos mesetas convergen una hacia otra en el Oeste. En las costas se escalonan comarcas distintas; una parte del interior está ocupada por eriales y bosques

marca de Vannes, yermos áridos, pero más ó menos floridos, y cuya aspereza no excluye cierta dulzura. Detrás preséntanse aristas paralelas de asperón que alternan con esquistos más blandos, pero que todavía dejan á esos diferentes haces bastante amplitud para que el Vilaine, que los atraviesa entre Rennes y Redón, encuentre entre los desfiladeros de asperón cuencas suficientemente espaciosas en donde ensancharse. No menos claramente indica la topografía la aproximación entre sí de los pliegues hacia el Oeste: entre Rosporden y Quimper se extiende un estrecho valle rectilíneo, en el cual, entre cumbres ampliamente convexas, se acumulan estanques, manantiales y praderas; y las alturas denominadas Montañas Negras están coronadas por una doble cresta delgada de asperones y de cuarcitas, entre los cuales un estrecho surco moldga en hueco el banco menos consistente de los esquistos.

El Vilaine, el Blavet y otros muchos ríos atraviesan, en pendiente lenta hacia el Sur, las sucesivas fajas de rocas, sin que ninguno de ellos haya tenido fuerza bastante para combinar la red de esta Meseta meridional en un sistema hidrográfico común; únicamente el Aune,

La Meseta septentrional corre á lo largo de la Mancha desde Dol al País de León, pero es menos extensa y más accidentada y está jalonada en sentidos diversos por ejes anticlinales cuya raíz puesta al descubierto aparece en forma de rastros graníticos. De éstos, el más sostenido, el más marcado en el relieve es el que desde las Landas del Mené, cerca de Montcouthour, hasta los montes de Arrée, separa por una línea irregular la vertiente de la Mancha de la del Atlántico. Ora prolongados en surcos, ora prominentes en convexidades de forma elíptica, los granitos, como los asperones armoricanos y las cuarcitas que los orlan, levantan entre las depresiones de esquistos disgregados esas formas salientes que el vocabulario bretón clasifica en *mené* (montes pedregosos), *creach* (apariciones rocosas), *quim* (espinazos), etc. De manera que no es posible olvidarse en ninguna parte de la ruda armazón, ya que por doquier asoma al través de la vegetación espesa y velluda. Estos relieves, los más altos de los cuales no llegan á 400 metros, apenas merecen por su altura el nombre de montañas; pero son formaciones de naturaleza estéril y salvaje, espacios vacíos en donde los actuales caminos